

MELMOTH RECONCILIADO

AL GENERAL BARÓN DE POMMEREUL

En recuerdo de la constante amistad que unió á nuestros padres y que existe entre los hijos.

DE BALZAC.

Hay una clase de hombres que la Civilización obtiene en el reino social, del mismo modo que los floricultores crean en el vegetal, merced á la educación del invernadero, una especie híbrida que no pueden reproducir ni por semillas ni por esquejes. Ese hombre es el cajero, verdadera producción antropomorfa, regada por las ideas religiosas, mantenida por la guillotina, talada por el vicio y que brota hasta un tercer piso entre una mujer apreciable y unos hijos fastidiosos. El número de cajeros en París será siempre un problema para el fisiologista. ¿Se ha llegado á comprender alguna vez los términos de la proposición en que la X incógnita es un cajero? ¿Encontrar un hombre que esté sin cesar en presencia de la fortuna como gato delante de un ratón enjaulado? ¿Encontrar un hombre que tenga la propiedad de permanecer sentado en un sillón de enea, en un cuartito enrejado, sin poder dar en él más pasos de los que da en su camarote un teniente de navío, durante las siete octavas partes del año y por espacio de siete ú ocho horas diarias? ¿Encontrar un hombre en el que no se anquilosen en el ejercicio de tal profesión ni las rodillas ni las apófisis de la pelvis? ¿Un hombre que tenga bastante grandeza de alma

para ser pequeño? ¿Un hombre que pueda aborrecer el dinero á fuerza de manejarlo? Pídase ese producto á alguna religión, á alguna moral, á algún colegio, á alguna institución, cualesquiera que sean, y designadles á París, esa ciudad de tentaciones, esa sucursal del infierno, como el sitio en que será plantado el cajero. Pues bien, las religiones desfilarán una tras otra, los colegios, las instituciones, las morales, todas las leyes humanas grandes y pequeñas acudirán á nosotros como acude un amigo íntimo al que pedimos un billete de mil francos. Tendrán cierto aire de duelo, se acicalarán, os enseñarán la guillotina, bien así como nuestro amigo os enseñará el domicilio del usurero, una de las cien puertas del hospital. Con todo, la naturaleza moral tiene sus caprichos, y se permite crear acá y allá personas honradas y cajeros. Así, los corsarios que honramos con el nombre de banqueros y que toman una licencia de mil escudos como un forbante toma sus patentes de corso, tienen cierta veneración por esas raras producciones de las incubaciones de la virtud, que encierran en despachos para guardarlas como los gobiernos guardan los animales curiosos. Si el cajero tiene imaginación, si el cajero tiene pasiones, ó si el cajero más perfecto ama á su mujer, ó si esta mujer se aburre, tiene ambición ó simplemente vanidad, el cajero se deshace. Regístrese la historia de la caja, y no se citará un solo ejemplo de un cajero que haya llegado á lo que se llama *una posición*. Van á presidio, van al extranjero, ó vegetan en algún segundo piso de la calle de San Luis en el Marais. Cuando los cajeros de París hayan reflexionado en su valor intrínseco, un cajero no tendrá precio. Es indudable que ciertas personas no pueden ser más que cajeros, como otras son invenciblemente truhanes. ¡Extraña civilización! La sociedad otorga cien luises de renta para la vejez, un segundo piso, pan á discreción, unos cuantos pañuelos nuevos, y una vieja acompañada de sus hijos. Por lo que toca al Vicio, si tiene algún atrevimiento, si puede esquivar hábilmente un artículo del Código como Turena esquivaba á Montecúculi, la sociedad legitima sus millones robados, le cuelga cintas, le llena de honores y le abruma á fuerza de consideraciones. El gobierno está en armonía con esa sociedad profundamente ilógica, y saca de las inteligencias jóvenes, entre diez y ocho y veinte años, una quinta de talentos precoces; desgasta con un trabajo prematuro

grandes cerebros, á los que convoca para escogerlos prolija y cuidadosamente como los jardineros escogen sus semillas. Ejercita en este oficio jurados pesadores de talentos que prueban los cerebros como se ensaya el oro en la Casa de Moneda. Luego, de las quinientas cabezas caldeadas en la esperanza que la población más avanzada le da anualmente, acepta la tercera parte, la pone en grandes sacos llamados *sus Escuelas*, y la remueve allí por espacio de tres años. Aunque ninguno de estos injertos represente enormes capitales, hace de ellos cajeros, por decirlo así; los nombra ingenieros ordinarios, los emplea como capitanes de artillería, y, en fin, les asegura todo lo más elevado que hay en los grados subalternos. Luego, cuando esos hombres escogidos, cebados con matemáticas y atiborrados de ciencia, han llegado á los cincuenta años, les proporciona en recompensa de sus servicios el tercer piso, la mujer acompañada de hijos y de todas las dulzura de la medianía. ¿No es un milagro que de ese pueblo engañado se escapen cinco ó seis hombres de genio que se encumbren á las eminencias sociales?

Tal es el balance exacto del Trabajo y la Virtud en sus relaciones con el gobierno y la sociedad en una época que se cree progresiva. Sin esta observación preparatoria, una aventura ocurrida recientemente en París parecería inverosímil, mientras que dominada por ese sumario, podría tal vez preocupar los ánimos bastante elevados para haber adivinado las verdaderas plagas de nuestra civilización que, desde 185, ha reemplazado el principio Honor por el principio Dinero.

A eso de las cinco de la tarde de un triste día de otoño, el cajero de una de las más opulentas casas de banca de París trabajaba aún á la luz de una lámpara encendida hacía bastante tiempo. Según los usos y costumbres del comercio, la caja estaba situada en la parte más oscura de un entresuelo estrecho y bajo de techo. Para llegar á él era preciso pasar por un corredor alumbrado por tragaluces y al que daban las oficinas, cuyas puertas rotuladas se parecían á las de un establecimiento de baños. El portero, con arreglo á su consigna, había dicho flemáticamente desde las cuatro de la tarde: *La caja está cerrada*. En aquel momento no había ya nadie en las oficinas, el correo estaba despachado, los empleados se habían marchado, las mujeres de los jefes de la casa aguardaban á sus amantes, y los dos

banqueros comían en casa de sus queridas. Todo estaba en orden. El sitio en que las cajas de caudales habían sido empotradas en el hierro, estaba detrás del despacho enrejado del cajero, ocupado sin duda en hacer su arqueo. Por la ventanilla se veía un armario de hierro que, gracias á los descubrimientos de la cerrajería moderna, pesaba tanto que los ladrones no habrían podido llevárselo. Aquella puerta no se abría sino cuando lo quería el que sabía combinar la palabra de la cerradura, cuyas letras guardan el secreto sin dejarse corromper, hermosa realización del *Sésamo, ábrete!* de las *Mil y una noches*. Pero esto no era nada todavía. Aquella cerradura soltaba un trabucazo á la cara del que habiendo descubierto la palabra, ignoraba el último secreto, la *ultima ratio* del dragón de la Mecánica. La puerta del despacho, las paredes, los postigos de las ventanas, toda la pieza, en fin, estaba forrada de planchas de hierro de cuatro líneas de espesor, disimuladas con otras de madera. Los postigos y la puerta estaban cerrados. Si ha habido alguna vez un hombre que pudiera creerse en una soledad profunda y lejos de todas las miradas, ese hombre era el cajero de la casa Nucingen y compañía, de la calle de San Lázaro. Así era que reinaba el más profundo silencio en aquella cueva de hierro. La estufa apagada despedía ese calor tibio que produce en el cerebro los efectos pastosos y la inquietud nauseabunda que causa una orgía al día siguiente. La estufa hace dormir, entorpece y contribuye grandemente á cretinizar á los porteros y á los empleados. Una habitación con estufa es un matraz donde se disuelven los hombres de energía, donde se adelgazan sus resortes, donde se desgasta su voluntad. Las oficinas son la gran fábrica de las medianías necesarias á los gobiernos para mantener el feudalismo del Dinero en el que se apoya el contrato social actual. (Véase *Los empleados*.) El calor méfítico que allí produce una reunión de hombres, no es una de las menores razones del bastardeamiento progresivo de las inteligencias; el cerebro del que se desprende más nitrógeno, asfixia á los otros á la larga.

El cajero era hombre de cuarenta años, cuyo cráneo calvo relucía á la luz de una lámpara Carcel que había en su mesa. Esa luz hacía brillar los cabellos blancos mezclados con cabellos negros que acompañaban á los dos lados de su cabeza, á la cual las formas redondas de su cara prestaban

la apariencia de una bola. Su color era encarnado de ladrillo: sus ojos azules estaban engastados en algunas arrugas: tenía la mano abultada del hombre grueso. Su levita de paño azul ligeramente raída en los sitios más salientes, y los pliegues de su pantalón oscuro presentaban á la vista esa especie de marchitez que la edad imprime en la ropa, que el cepillo combate valerosamente y que da á las personas superficiales una elevada idea de la economía, de la probidad de un hombre bastante filósofo ó bastante aristócrata para llevar ropa vieja. Pero no es raro ver á las personas que regatean cosas insignificantes mostrarse fáciles, pródigas ó incapaces en las cosas capitales de la vida. El cajero ostentaba en el ojal la cinta de la Legión de honor, porque había sido jefe de escuadrón de dragones en tiempo del emperador. El señor de Nucingen, que había sido asentista antes de ser banquero, tuvo en otro tiempo ocasión de conocer los sentimientos de delicadeza de su cajero encontrándole en una posición elevada de la que le había hecho descender la desgracia, y le tuvo consideración dándole quinientos francos mensuales de sueldo. Este militar era cajero desde 1813, época en la que se curó de una herida recibida en el combate de Studzianka cuando la derrota de Moscou, después de permanecer seis meses en Estrasburgo, adonde habían sido transportados algunos oficiales superiores por orden del emperador para que se les asistiera particularmente. Este antiguo oficial, llamado Castanier, tenía el grado honorario de coronel y dos mil cuatrocientos francos de retiro.

Castanier, en quien el militar había desaparecido ante el cajero, inspiraba al banquero tan gran confianza, que dirigía también la correspondencia del gabinete situado detrás de su caja y al que bajaba el barón por una escalera secreta. Allí se resolvían los negocios; allí estaba el cedazo en que se tamizaban las proposiciones, el locutorio donde se examinaba la plaza. De allí salían las letras de cambio; allí estaban, en fin, el Mayor y el Diario donde se resumía el trabajo de los otros departamentos. Después de cerrar la puerta de comunicación, á la que iba á parar la escalera por la que se subía al despacho principal del primer piso donde estaban los dos banqueros, Castanier había vuelto á sentarse y hacía un rato que examinaba muchas letras de cambio giradas contra la casa Watschildine, de Londres. Luego cogió la pluma y falsificó al pie de todas la firma de Nucingen. Estaba mi-

rando cuál de aquellas firmas falsificadas era la más perfectamente imitada, cuando, como si le hubiese picado una mosca, levantó la cabeza obedeciendo á un presentimiento que le había gritado al corazón: — ¡No estás solo! Y el falsario vió detrás del enrejado, en la ventanilla de su caja, un hombre á quien no se le había oído el resuello, pues parecía que no respiraba, y que sin duda había entrado por la puerta del corredor que Castanier vió abierta de par en par. El antiguo militar sintió por primera vez en su vida un miedo que le dejó con la boca abierta y los ojos alelados ante aquel hombre, cuyo aspecto era por cierto bastante aterrador sin necesidad de que le acompañaran las circunstancias misteriosas de su aparición. El corte oblongo de la cara del desconocido, los contornos abombados de su frente, el agrio color de su carne, y, en fin, la hechura de su traje, denotaban que era inglés. Aquel hombre apestaba á inglés. Al ver su levitón de gran cuello, su corbata ahuecada de la cual salía una chorrera encañonada, y cuya blancura hacía resaltar la lividez permanente de una cara imposable cuya boca encarnada y fría parecía destinada á chupar sangre de cadáveres, se adivinaba que debía llevar, como llevaba, polainas negras abotonadas hasta encima de la rodilla y ese atavío semipuritano de un inglés rico salido para pasearse á pie. El brillo que despedían los ojos del extranjero era insoportable y causaba en el alma una punzante expresión, aumentada aún por la rigidez de sus facciones. Aquel hombre, seco y descarnado, parecía llevar en sí algo como un principio devorador que le era imposible saciar. Debía digerir tan rápidamente su alimento que, á no dudarlo, podía comer incesantemente, sin que acudiera jamás el color al menor lineamiento de sus mejillas. Podía tragarse una tonelada de vino de Tokai, llamado *vino de herencia*, sin que vacilase su acerada mirada que leía en el fondo de las almas, ni su cruel razón que parecía ir siempre en derechura al fondo de las cosas. Tenía un poco de la majestad fiera y tranquila de los tigres.

—Caballero, vengo á cobrar esta letra, dijo á Castanier con voz que se puso en comunicación con las fibras del cajero y llegó á todas con una violencia comparable á la de una descarga eléctrica.

—Está ya cerrada la caja, contestó Castanier.

—Está abierta, dijo el inglés señalando la caja. Mañana

es domingo y no puedo esperar. La letra es de quinientos mil francos, la tiene usted en caja, y yo la debo.

—Pero ¿cómo ha entrado usted?

El inglés se sonrió, y su sonrisa aterró á Castanier. Jamás ha podido darse sonrisa más completa ni perentoria de lo que lo fué el pliegue desdefioso y autocrático formado por los labios del extranjero. Castanier se volvió, sacó cincuenta paquetes de diez mil francos en billetes de Banco, y cuando se los entregó al desconocido que le había presentado una letra aceptada por el barón de Nucingen, le sobrecogió una especie de temblor convulsivo al ver los rayos encarnados que salían de los ojos de aquel hombre y que enviaban sus reflejos á la firma falsificada de la letra.

—Aquí... no ha firmado usted... el recibí... dijo Castanier dando vuelta á la letra.

—Deme usted una pluma, contestó el inglés.

Castanier entregó la pluma de que acababa de servirse para su falsificación. El extranjero firmó JOHN MELMOTH, y en seguida devolvió la pluma y la letra al cajero. Mientras Castanier examinaba la firma del desconocido, la cual estaba trazada de derecha á izquierda al estilo oriental, Melmoth desapareció, haciendo tan poco ruido que cuando el cajero levantó la cabeza, se le escapó un grito al no ver á aquel hombre y al sentir ciertos dolores que nuestra imaginación supone producidos por el envenenamiento. La pluma que había usado Melmoth le causaba en las entrañas una sensación caliente y agitada semejante á la que da el emético. Como le parecía imposible á Castanier que aquel inglés hubiera descubierto su crimen, atribuyó aquel malestar interior á la palpitación que, según las ideas admitidas, debe ocasionar *un mal golpe* en el momento en que se perpetra.

—¡Qué diablo! Soy un tonto y Dios me protege, porque si ese animal se hubiera dirigido mañana á esos señores, me atrapaban, dijo Castanier echando á la estufa las letras falsas que se quemaron en ella.

Metió en un sobre aquella de la que quería hacer uso, sacó de la caja quinientos mil francos en billetes y en *bank-notes*, la cerró, lo puso todo en orden, cogió el sombrero y el paraguas, apagó la lámpara, después de encender una vela, y salió tranquilamente para ir, según su costumbre, á entregar una de las dos llaves de la caja á la señora de Nucingen, cuando el barón estaba ausente.

—Es usted afortunado, señor Castanier, le dijo la mujer del banquero al verle entrar en su habitación; el lunes celebramos una fiesta y podrá usted ir al campo, á Soisy.

—Hágame usted el favor, señora, de decir á Nucingen que acaba de presentarse al cobro la letra girada por la casa Watschildine; he pagado los quinientos mil francos, y por consiguiente no volveré hasta el martes al mediodía.

—Adiós, amigo, que se divierta usted mucho.

—Y usted *idem*, señora, respondió el antiguo jefe de dragones, mirando á un joven á la sazón á la moda, llamado Rastignac, y que pasaba por amante de la señora de Nucingen.

—Amiga mía, dijo el joven, me parece que ese individuo les va á jugar á ustedes alguna mala pasada.

—¡Cal es imposible; es demasiado tonto.

—Piquoizeau, dijo el cajero al entrar en el cuarto del portero, ¿por qué dejas que suban á la caja después de las cuatro?

—Desde las cuatro he estado fumando en la puerta y no ha entrado nadie en las oficinas. Tampoco ha salido nadie más que los empleados.

—¿Estás seguro de ello?

—Tan seguro como de mi propio honor. Tan sólo ha venido á las cuatro el amigo del señor Werbrust, un joven de la casa Tillet y compañía de la calle Joubert.

—Está bien, contestó Castanier apresurándose á salir. El calor emetizante que le había comunicado su pluma adquiría intensidad. —¡Mil diablos! exclamó enfilando el bulevar de Gante; ¿he tomado bien mis medidas? Vamos á ver: dos días libres, domingo y lunes; luego otro día de incertidumbre antes de que me busquen; estos plazos me proporcionan dos días y cuatro noches. Tengo dos pasaportes y dos disfraces diferentes; ¿no es lo bastante para hacer perder la pista á la mejor policía? El martes por la mañana cobraré un millón en Londres, cuando todavía no haya aquí la menor sospecha. Dejo aquí mis deudas á cuenta de mis acreedores, que pondrán una P encima, y me encontraré para el resto de mis días dichoso en Italia con el nombre de conde Ferraro, aquel pobre coronel de cuya muerte fui el único testigo en los pantanos de Zembín, y por quien me haré pasar. Pero esa mujer que me voy á llevar podría ser causa de que me conocieran. ¡Un veterano como yo pegarse á las faldas

de una mujer, acoquinarse por ella!... Y ¿por qué me la he de llevar? No, no, habrá que dejarla, y tendré valor para hacerlo. Pero me conozco, y sé que soy bastante animal para volver á buscarla. Sin embargo, nadie conoce á Aquilina. ¿Me la llevaré ó no?

—No te la llevarás, le dijo una voz que le removi6 las entrañas.

Castanier se volvió bruscamente y vió al inglés.

—¿Anda por aquí el diablo? dijo el cajero en alta voz.

Pero Melmoth se había adelantado ya á su víctima. Si el primer movimiento de Castanier fué armar camorra con un hombre que de aquel modo leía en su alma, se vió dominado por sentimientos tan encontrados que de ello resultó una inercia momentánea; prosiguió, pues, su marcha acometido de esa fiebre natural en un hombre cobardemente arrebatado por la pasión para cometer un crimen, pero que no tenía fuerza suficiente para llevarlo en sí mismo sin crueles agitaciones. Así, pues, aunque decidido á recoger el fruto de un delito medio consumado, Castanier vacilaba aún en llevar adelante su empresa, como la mayoría de los hombres de carácter mixto, en los cuales se encuentra tanta fuerza como debilidad y que pueden determinarse á ser tan puros como criminales, según la presión de las más insignificantes circunstancias. En la aglomeración de gente regimentada por Napoleón ha habido muchos hombres que, dotados del valor puramente físico del campo de batalla, carecían del valor moral que hace á un hombre tan grande en el crimen como podría serlo en la virtud. La carta orden estaba concebida en tales términos, que á su llegada á Londres debía cobrar veinticinco mil libras esterlinas en casa de Watschildine, corresponsal de la casa Nucingen, avisado ya del pago por él mismo; un agente buscado al azar en Londres había tomado ya su pasaje, á nombre del conde Ferraro, á bordo de un buque que conducía de Portsmouth á Italia á una rica familia inglesa. Había previsto hasta las más nimias circunstancias, y arreglándose de modo que le buscaran por Bélgica y Suiza mientras estaría navegando. Luego, cuando Nucingen pudiera creer que estaba sobre su pista, confiaba en llegar á Nápoles, donde se proponía vivir con un nombre supuesto, á favor de un disfraz tan completo, que hasta se había decidido á desfigurarse la cara simulando por medio de un ácido los estragos de la viruela. A pesar de

todas estas precauciones que parecían deber asegurarle la impunidad, le atormentaba su conciencia. Tenía miedo. La vida sosegada y pacífica que había llevado mucho tiempo depuraba sus costumbres soldadescas: aun era probo, y no se mancillaba sin sentimiento. Dejábase, pues, llevar por última vez de todas las impresiones de la buena índole que aun pugnaba en él.

—¡Bahl! dijo para sí al llegar á la esquina del bulevar y de la calle Montmartre, esta noche iré en un coche á Versalles al salir del teatro. Allí me espera una silla de posta en casa de mi antiguo furriel, que me guardará el secreto de esta partida aun en presencia de doce soldados dispuestos á fusilarle si se negase á hablar. Así, pues, no veo ninguna probabilidad en mi contra; me llevaré á mi Naquí, y partiré.

—No partirás, le dijo el inglés cuya voz extraña hizo afluir toda la sangre al corazón del cajero.

Melmoth subió á un tilburi que le esperaba, y que echó á andar con tal rapidez, que Castanier vió á su enemigo secreto á cien pasos de él en el empedrado del bulevar Montmartre y recorriéndolo al trote, antes que se le ocurriera detenerlo.

—A fe mía, pensó, que lo que me sucede es sobrenatural. Si yo fuese bastante necio para creer en Dios, pensaría que ha enviado á san Miguel en mi seguimiento. ¿El diablo y la policía me dejarán realizar mi propósito para atraparne á tiempo? ¡Bahl! ni por pienso; no hay que suponer tonterías.

Castanier tomó por la calle del Faubourg-Montmartre, y acertó el paso conforme se iba acercando á la calle Richer. Allí, en una casa de reciente construcción, en el segundo piso de un cuerpo de edificio que daba á unos jardines, vivía una joven, conocida en el barrio con el nombre de señora de la Garde, y que era causa inocente del delito cometido por Castanier. Para explicar este hecho y acabar de pintar la crisis á la que sucumbía el cajero, es necesario referir sucintamente algunas circunstancias de su vida anterior.

La señora de la Garde, que ocultaba su verdadero nombre á todo el mundo, hasta á Castanier, pretendía ser piamontesa. Era una de esas jóvenes que, á causa de la miseria más profunda, ó por falta de trabajo, ó por miedo de la muerte, y á menudo también por la traición de un primer amante, se ven inducidas á adoptar un oficio que la mayor

parte de ellas profesan con disgusto, muchas con indiferencia, y algunas por obedecer á las leyes de su constitución. La de que tratamos, en el momento de arrojarle en el abismo de la prostitución parisiense, á la edad de diez y seis años, bella y pura como una madona, encontró á Castanier. Demasiado desgarbado para tener partido entre las mujeres, cansado de pasear todas las noches por los bulevares en busca de una conquista pagada, el antiguo dragón deseaba hacia tiempo poner cierto orden en la irregularidad de sus costumbres. Prendado de la belleza de aquella pobre niña, que el azar le deparaba, resolvió salvarla del vicio en provecho propio, guiado por un pensamiento tan egoísta como benéfico, como lo son algunos pensamientos de los hombres más buenos. El natural es con frecuencia excelente, pero el estado social mezcla en él su maldad, y de aquí provienen ciertas intenciones mixtas con las cuales el juez debe mostrarse indulgente. Castanier tenía precisamente bastante talento para ser astuto cuando se trataba de sus intereses. Así, pues, quiso ser filántropo sin quebranto, y desde luego hizo de aquella joven su querida. —«¡Eh, eh! dijo para sí en su lenguaje soldadesco, un lobo viejo como yo no debe dejarse atrapar por una cordera. Papá Castanier, antes de vivir maritalmente con ella, reconoce bien la parte moral de la muchacha para saber si es susceptible de fidelidad.» Durante el primer año de aquella unión ilegal, pero que la ponía en la situación menos reprobable de todas las que el mundo repruebe, la piamontesa tomó por nombre de guerra el de Aquilina, uno de los personajes de *Venecia salvada*, tragedia del teatro inglés que había leído por casualidad, creyendo que se parecía á aquella cortesana, ya por los sentimientos precoces que advertía en el corazón, ya por su semblante, ó ya por el aspecto general de su persona. Cuando Castanier vió que observaba la conducta más regular y virtuosa que pueda tener una mujer puesta fuera de las leyes y de las conveniencias sociales, le expresó el deseo de vivir con ella maritalmente. Entonces adoptó el nombre de señora de la Garde, para colocarse, en cuanto lo permitían las costumbres parisienses, en las condiciones de un matrimonio verdadero. En efecto, la idea fija de muchas de esas pobres mujeres consiste en hacerse aceptar como buenas amas de casa, bonachonamente fieles á sus maridos, capaces de ser buenas madres de familia, de llevar la cuenta

de los gastos y de repasar la ropa de su casa. Este deseo procede de un sentimiento tan laudable, que la sociedad debería tomarlo en consideración. Pero la sociedad será siempre incorregible y seguirá considerando á la mujer casada como una corbeta á la que su bandera y sus papeles permiten hacer el corso, al paso que la querida es el pirata al que se apresia por falta de papeles. El día en que la señora de la Garde quiso firmarse señora Castanier, el cajero se enfadó. —¿Es decir que no me amas lo bastante para casarte conmigo? le preguntó ella. Castanier no contestó, pero se quedó pensativo. La pobre joven se resignó. El ex dragón se puso desesperado. Naquí se conmovió al verlo así, y hubiera querido sosegarle; mas para ello ¿no era preciso conocer la causa de la desesperación? El día en que Naquí quiso averiguar este secreto, aunque sin preguntárselo, el cajero reveló lastimosamente la existencia de cierta señora Castanier, de una esposa legítima, mil veces maldecida, que vivía obscuramente en Estrasburgo de una corta renta, y á la cual escribía dos veces al año, guardando acerca de ella tal silencio que nadie sabía que estuviese casado. ¿Por qué esta reserva? Si conocen el motivo muchos militares que pueden hallarse en su caso, tal vez sea conveniente decirlo. El verdadero *troupiér*, si es permitido emplear aquí la palabra usada en el ejército francés para designar á los militares destinados á no pasar de capitán, ese siervo adherido á la gleba de un regimiento, es una criatura esencialmente ingenua, un Castanier consagrado de antemano á los manejos de las madres de familia que en las ciudades de guarnición se encuentran con hijas difíciles de casar. Así, pues, en Nancy, durante uno de esos cortos periodos en que los ejércitos imperiales descansaban en Francia, Castanier tuvo la desgracia de fijar su atención en una señorita con la cual había bailado en una de esas fiestas llamadas en provincia *asaltos*, con que á menudo obsequiaban á la ciudad los oficiales de la guarnición, y viceversa. El amable oficial fué al punto objeto de una de esas seducciones para las cuales las madres encuentran siempre cómplices en el corazón humano haciendo funcionar todos los resortes, y en sus amigos que conspiran con ellas. Semejantes á las personas que tienen una idea fija, esas madres lo refieren todo á su gran proyecto, del que hacen una obra largo tiempo elaborada, parecida al embudo de arena en cuyo fondo está en acecho la hormiga-león. Quizás

no entrará nunca nadie en ese dédalo tan bien construído, tal vez la hormiga-león se morirá de hambre y de sed; pero si entra en él alguna bestezuela aturdida, ya no saldrá. Los cálculos secretos de la avaricia que cada hombre hace al casarse, la esperanza, las vanidades humanas, todos los hilos por los cuales marcha un capitán, sufrieron su ataque en Castanier. Por desgracia suya, había hecho grandes elogios de la hija á la madre al volverla á su lado después de un vals, y de aquí se siguió una conversación al fin de la cual se le hizo el más natural de los ofrecimientos. Cuando tuvo entrada en la casa, el dragón se quedó deslumbrado por la llaneza de una familia que parecía ocultar la riqueza bajo una avaricia afectada. Fué objeto de estudiados agasajos, y todos le ponderaron los diferentes tesoros que había en aquella casa. Una comida, servida á propósito en vajilla de plata prestada por un tío, las atenciones de una hija única, las hablillas de la ciudad, un subteniente rico que parecía querer calzarse con el santo y la limosna, en fin, los mil lazos de las hormigas-leones de provincia resultaron tan perfectamente tendidos, que Castanier decía cinco años después: —[Aun no sé cómo sucedió eso!—El dragón recibió quince mil francos de dote y una doncella, estéril por fortuna, que á los dos años de casamiento se habia vuelto la más fea y por consiguiente la más repulsiva mujer de la tierra. La tez de aquella joven, que había conservado su blancura gracias á un régimen severo, se llenó de barros; la cara, cuyos vivos colores indicaban una cordura seductora, se puso granujenta; el ángel se convirtió en una criatura gruñona y suspicaz que hizo rabiarse á Castanier, y, á mayor abundamiento, la fortuna voló. No conociendo ya el dragón á la mujer con quien se había casado, la relegó á una pequeña finca de Estrasburgo, aguardando que Dios tuviera por conveniente hacer de ella una gala del paraíso celestial. Fué una de esas mujeres virtuosas que, por falta de ocasiones para hacer lo contrario, asesinan á los ángeles con sus lamentos, rezan á Dios hasta el punto de aburrirle si las escucha, y echan inocentemente pestes de sus maridos cuando por la noche acaban su partida de *boston* con las vecinas. Cuando Aquilina tuvo noticia de estos sinsabores, se unió sinceramente á Castanier, y le hizo tan feliz con los halagos que su genio de mujer le hacía variar sin dejar de prodigárselos, que causó inconscientemente la ruina del cajero.